ÉRASE UNA VEZ...
En el Imperio de Los Incas
Por
ZADI DESME HURTADO

# ÉRASE UNA VEZ…

*En el Imperio de Los Incas*

Por ZADI DESME HURTADO

La vida transcurría tranquilamente en la bella ciudad andina de Chinchero, un paraíso de colores, donde los verdes campos se adornaban con pinceladas de flores silvestres, que danzaban con la brisa del aire. Su cielo azul, era como un lienzo base, pintado para plasmar el vuelo del Kuntur *(cóndor)*, señor de los cielos.

Era un día soleado, y la única noticia local que causaba conmoción en la región, era la gran reprimenda que acababa de recibir un joven noble, por parte de su padre. Motivo por el cual, estaba siendo ordenado a viajar a Cusco, para unirse al ejército del Inca como un llacta runa, que eran soldados entrenados y dedicados a la defensa y patrullaje del imperio. Castigo que se le imponía, por su última travesura.

Era un joven encantador, desde niño, su curiosidad insaciable y espíritu audaz, lo llevaban a aceptar cualquier desafío. Detestaba que dieran por concluido algo sin terminar, y en especial, que le dijeran que todo estaba bien, cuando él sabía que no era así.

Le gustaba conectarse con la naturaleza, y volvía loco con preguntas a sus mayores, en especial cuando las respuestas dejaban más preguntas y muchas dudas. No se quedaba callado, como lo hacían los otros warmas *(niños),* y esperaba siempre que las respuestas tuvieran sentido.

Era considerado un joven muy inteligente, con un corazón de oro, y ciego obediente de las órdenes de sus padres. Por otro lado, sentía que estaba destinado a explorar el mundo y que él era su propio sapa *(líder)*.

Su nombre era Chiqchima. Fue encontrado abandonado de niño a orillas del río Marañón, en la selva, por un gran guerrero.

Este noble, llamado Tikka, compadeciéndose del pequeño desamparado, lo rescató y lo crio como su propio hijo. Era el Curaca de la ciudad de Chinchero, que gobernaba una amplia región, y tenía bajo su mando otros jefes subalternos.

Se creía que el pequeño, provenía del grupo indígena llamado los Arawak, quienes habitaban la zona del Antisuyo, una región donde la vegetación se extendía hasta el horizonte, y la lluvia caía incesante del cielo. Un lugar verde, con árboles que llegaban a tocar las nubes, y ríos llenos de misterios y leyendas.

Fue criado por Nina, una de las tres esposas de Tikka, era la más joven y la más hermosa. Su nombre significaba fuego en quechua, y este reflejaba su carácter, pero

era a la vez alegre y amorosa. El destino le impuso un obstáculo, en la sociedad inca, era mal visto que una mujer no pudiera tener hijos. Fue bendecida por Wiracocha al cruzar su camino con el pequeño.

Para ser un bebé abandonado, sin saber por qué lo dejaron allí, Chiqchima recibió mucho cariño y amor por parte de la joven Nina y de Tikka, quienes lo criaron con ternura y cuidado en su hogar.

El padre de su madre adoptiva, era un reconocido Amauta en el imperio, que eran personas dedicadas a la educación formal de los hijos de los nobles, quien asumió la responsabilidad de educar al joven, enseñándole todas las costumbres y conocimientos incas. Desarrolló un estrecho vínculo con su abuelo adoptivo; el Amauta le tomó gran cariño y se convirtió en su haway *(nieto)* favorito.

Chiqchima fue creciendo y haciéndose más fuerte cada día. Era alto y musculoso, destacándose entre los jóvenes de Chinchero. Una energía misteriosa fluía por sus venas, diferenciándolo claramente de los demás niños de su misma edad. Esto causaba envidias, pues su atractivo físico no pasaba desapercibido. Las jóvenes doncellas le lanzaban miradas coquetas, a escondidas, las que despertaban su curiosidad, a las cuales, siempre encontraba la manera de corresponderles con pícara astucia.

Esto causaba muchas complicaciones al Curaca y a su noble madre, quien tenía que soportar las quejas de las familias de estas doncellas, que estaban en edad de casamiento, y que en su mayoría, estaban comprometidas con otros nobles, o destinadas a consagrarse como Acllas, que eran mujeres designadas a servir al Inca o al dios Wiracocha. Pero sin importar esto, todas ellas quedaban cautivadas por el encanto del joven.

Chiqchima, siempre supo que su destino no iba a ser fácil. La expectativa de ser un llacta runa en el ejército del Inca, se cernía sobre él, algo que no estaba dentro de sus planes, y que de todo corazón no deseaba seguir. Pero era un castigo impuesto por su padre, que no lo podía eludir. No hacerlo, solo daría dolor y deshonra a su familia.

La educación que recibió Chiqchima desde su infancia, las enseñanzas de su abuelo y el amor de su madre adoptiva, lo habían convertido en un joven culto, fuerte y vivaracho, virtudes que lo ayudarían a salir adelante.

Su verdadero viaje comenzaría pronto, sería la búsqueda de su verdadera identidad. Aunque había crecido en Chinchero, una parte de su alma siempre lo llevaba más allá de la cordillera.

Sentado en la cima de un cerro, recordando cada detalle de cómo comenzó todo este loco enredo. A su lado, estaba su fiel alqo *(perro*), compañero inseparable de aventuras. Era un animal grande y un buen guardián, que también lo ayudaba en la cacería. Pero, sobre todo, era su amigo leal.

Su apucha *(abuelo),* le había contado una historia sobre una cueva escondida, supuestamente ubicada al costado de la catarata de Poqpoq, cuyo lugar y entrada quedó prohibida en el pasado. Contaban que ahí, descansaban los restos de un extraño ser, que vivió en esas tierras por muchos años, una época antes de los Ayarmacas, que fueron una etnia que habitaba en el norte de Cuzco. Su historia se remonta a la época primitiva del señorío Inca, y eran muy temidos. Posteriormente, fueron sometidos por los Incas. Relato que se convirtió en una leyenda y que se hablaba solo, ente los más ancianos:

*"Se trataba sobre un ser extraordinario, que cayó del cielo, montado en una nube de oro, que botaba fuego y relámpagos. Esta nube se estrelló en medio de la laguna Piuray. Todo el pueblo acudió a ver qué había pasado. Cuando el vapor de las aguas se disipó, pudieron apreciar a un cuerpo flotando sobre el agua. Los Ayarmacas se lanzaron sin pensar a la laguna y lo rescataron.*

*El extraño ser estaba muy malherido. Los pobladores al ver su apariencia, que era fuera de lo normal, quedaron muy sorprendidos y medio asustados, por no saber ¿quién? o ¿qué era? Se mostraban temerosos de tocarlo, y de cómo actuar para curarlo. Nunca habían pasado por algo parecido.*

*Algunos decían que era una divinidad caída desde el hanaq pacha (cielo), y que todos habían presenciado una pelea entre los dioses. Otros, pensaban que era un ser maligno, y que debían deshacerse de él o eliminarlo. Sin embargo, prevaleció la razón y el buen corazón, procediendo a curarlo de la mejor forma que ellos podían.*

*Al verlo detenidamente, se apreciaba que era muy delgado, y portaba una extraña vestimenta dorada, ajustada a su cuerpo, que no estaba mojada, la tela parecía tener brillo propio. Sus pies eran pequeños y delgados, estaban dentro de unas raras ojotas (sandalias) cerradas, no se veían sus dedos, pero estaba hecha de un material muy*

*suave. Sus manos eran largas y delicadas, y su cara, era algo difícil de describir, donde sobresalían unos enormes ojos negros, que mostraban sabiduría y valor.*

*El extraño ser caído del cielo, estaba inconsciente, balbuceaba una extraña lengua que nadie podía entender. Durante varios días, estuvo así, hasta que uno de los ancianos, que todos los días lo iba a ver, tuvo una experiencia rara, y pensó que se estaba volviendo loco, pues escuchaba una voz en su cabeza que le hablaba. Esto lo asustó mucho, esa voz le decía, "no tengas miedo", "ayúdame".*

*El visitante comenzó a recobrar la conciencia, y más personas comenzaron a escuchar esa extraña voz en sus cabezas, con mensajes de agradecimiento. Se dieron finalmente cuenta, de que el extraño ser, solo había tratado de comunicarse de esta increíble forma.*

*Le trajeron qowe (cuy) y carne de llama, pero no la aceptó, solo comía frutas, chuñu (papa deshidratada) y tomaba mucha agua.*

*Poco a poco sus heridas se fueron curando, y los pobladores comenzaron a aceptar su presencia. Al pasar las semanas, aprendió rápidamente la lengua local, y comenzó a caminar por el pueblo, familiarizándose con la gente y el lugar.*

*Su figura era difícil que pasara desapercibida, ya que era un ser alto, que sobresalía sobre la altura de los demás. Le gustaba estar presente en todos los amaneceres en el valle, y sentir en su rostro los rayos del sol cuando este salía por las montañas, era como si recargara energía en su frágil cuerpo.*

*El temor desapareció, y comenzó a confraternizar con los Ayarmacas, quienes seguían confundidos con la identidad del ser. Por su color de piel tan notorio, la gente comenzó a llamarlo Kumir (color verde), quien acepto complacido el nombre que le dieron, convirtiéndose en uno más en el pueblo.*

*Kumir, estaba agradecido por los cuidados que tuvieron con él, y en señal de gratitud, les enseñó a los pobladores a perfeccionar sus métodos de construcción, a mejorar el refuerzo de las terrazas que utilizaban en los cultivos, a aumentar la eficiencia de sus canales de agua, y a utilizar plantas y hierbas para curar enfermedades que aquejaban a la comunidad.*

*Pero lo más extraordinario, que cuenta la leyenda, es que, ese constante contacto que mantenía con los Ayamarcas, había creado una atmósfera de paz indescriptible*

*que invadía a todos los habitantes. Los sentimientos de odio, agresividad, codicia y envidia, característica de los humanos, estaban desapareciendo, y había una explosión de amor colectivo. Los pobladores sentían una conexión con todo lo que los rodeaba.*

*La gente se volvió muy pacífica, viviendo tiempos de mucha abundancia y armonía con sus vecinos en la región.*

*Se dice que Kumir, sufría, porque no entendía como los Ayamarcas y otros pueblos, podían haber tenido sentimientos tan malos y nefastos, le molestaba mucho que la gente sintiera eso, y le dolía aun pensar más, que cuando no había solución a un problema, lo resolvían con muerte y destrucción.*

*Todo eso lo leía en las mentes de los habitantes de Ayamarca, a quienes podía ver en lo profundo, incluyendo sus secretos más oscuros.*

*Kumir poseía un pequeño cristal que emitía una hermosa luz, los pobladores creían que esa era la fuente de su sabiduría y poder. Lo llevaba siempre en su mano y no lo dejaba para nada.*

*Por las noches, Kumir miraba a las estrellas, le gustaba sentarse en lo alto de unas enormes piedras, que habían sido puestas una sobre otras en una perfecta precisión de bloques entrelazados. Parecía que lloraba de pena, era como si extrañara algo, o a alguien. Siempre mirando arriba, lo veían extender su mano, como queriendo alcanzar una ch'aska (estrella). Era un sentimiento de tristeza, que acabaría consumiendo la vida de tan noble ser*

*Pero había algo que lo estaba opacando, era como si se estuviera apagando, sin querer, toda su energía era consumida por los habitantes de Ayamarca. Él se había dado cuenta de eso, pero no quería interrumpir la felicidad que el pueblo gozaba, y al que le había cogido mucho cariño.*

*Adivinando que sus días estaban por terminar, pidió un deseo a los ayamarquinos. Este consistía, en que cuando su vida terminara, lo sepultaran en una cueva que el mismo escogió, cerca de la catarata de Poqpoq, y pidió que sellaran con rocas la entrada.*

*Un día Kumir no despertó, el fatal día había llegado. Siguiendo las tradiciones ancestrales de los habitantes de Ayamarca, lo envolvieron en finas telas, sin quitarle*

*su traje dorado, dejaron su rosto al descubierto, porque él, así lo pidió. Colocaron alimentos y bebidas en isankas (canastas) para su viaje. Y le colocaron en su cuello, un collar con el cristal que siempre cargó, y que ahora, había dejado de brillar.*

*Con sentimentales cánticos, comenzó la procesión y la despedida a Kumir. Todos los pobladores lo acompañaron, compartiendo el dolor que representaba su partida. Cumpliendo su deseo, lo llevaron al lugar que escogió.*

*Cuando todo terminó, dicen, que la cara de Kumir irradiaba paz, y el aire de la cueva comenzó a transformarse en un agradable aroma de flores silvestres.*

*Fue sepultado como un noble, dejando sumido en una tristeza al pueblo de los Ayamarca, quien lo lloró por mucho tiempo y que nunca más volvería a ser el mismo. Con el tiempo, sus habitantes sucumbirían ante el poder de los Incas*

Chiqchima estaba hipnotizado con esta extraordinaria historia. No pudo dormir, y comenzó a hacerse una serie de preguntas durante la noche.

Siguiendo su naturaleza, y motivado por lo narrado, se propuso averiguar si esta historia era real, o era producto de la imaginación de su apucha. Elaboró un plan, tenía que preparar una expedición, ubicar donde se encontraba exactamente la cueva, y ver si los restos de Kumir aún estaban ahí. Tenía que comenzar su búsqueda lo antes posible, y sin que sus padres se enteren.

Inteligentemente, comenzó a sacar, poco a poco, más información del Amauta sobre la historia, quien inocentemente le fue pasando datos, que ayudaría a Chiqchima a encontrar la tumba de Kumir.

Por lo general hacía sus exploraciones solo, ya que los otros niños preferían estar dentro de su zona de comodidad. Así que muy temprano por la mañana, con los últimos datos recabados de su apucha, se puso en marcha.

Tenía información de una montaña, con una caída de agua que coincidía con la descripción dada por el Amauta. Inició el viaje acompañado por su alqo, caminaron por el valle, buscando algún indicio del camino escondido que llevara a esa montaña, sin éxito.

Cuando la frustración lo invadía, pudo ver al final de un sendero, una especie de nube de agua, se veía que nadie había caminado por estos parajes durante mucho tiempo. Un alto y frondoso árbol, hacía de guardián en la única vereda que llevaba a un claro,

donde se podía apreciar, una pequeña laguna, formada por el agua que caía del qoyru *(cascada).*

Al frente de la orilla, al costado de la caída de agua, había una especie de entrada, podía ser la cueva que tanto estaba buscando. Pero no estaba seguro.

Oscurecía, y tenía que regresar a su casa, si no, su madre se preocuparía y terminaría castigándolo por alejarse solo por el sach'a *(bosque)* sin permiso.

Regresó a casa, justo a tiempo cuando se comenzó a notar su ausencia, ya que era un día especial, y su familia regresaba del Cusco de festejar el Inti Raymi, la festividad más importante en el imperio.

Durante la noche pensó, que esta vez sí necesitaría ayuda, no podía ir solo. Tenía que cruzar el pequeño lago, y luego ver si era la cueva correcta, tendría que remover obstáculos o piedras que cubrieran la entrada, como decía la leyenda.

Al día siguiente, comenzó a dar vueltas por el pueblo y analizar quién podía ser su cómplice, y que estuviera dispuesto a asumir las consecuencias en caso de ser descubiertos.

Convenció a uno de sus medios hermanos para que lo secundara en tan loca aventura. El escogido, era un poco menor que él. Tenía que motivarlo, y lo único que se le ocurrió decirle, es que él sabía dónde había un gran tesoro escondido, y que necesitaba su ayuda para extraerlo. Le prometió dividir lo encontrado y los honores, y lo más importante, que con ese descubrimiento, harían feliz a Tikka, su padre, quien estaría orgulloso de los dos.

Convencido su secuaz, motivado por la obtención de un tesoro, convinieron salir al día siguiente muy temprano por la mañana, preparados para la aventura. Esta vez no llevaría a su fiel compañero, para no levantar sospechas lo dejaría con su Apucha.

Caminaron sin descanso desde Chinchero con dirección a la cascada Poqpoq, Chiqchima, había trasado la ruta en su mente. El sol andino golpeaba fuerte en sus caras, pero esto no era un motivo para detenerlos.

Al llegar al pequeño lago, improvisaron una rudimentaria embarcación de totora, hecha con apilamientos de tallos y ramas para poder cruzar. Un viento enrarecido movía la frágil embarcación, llegando con dificultad a una pequeña playa de piedras negras, que estaba en las faldas de la montaña.

De lo alto, caía el agua cristalina, era maravilloso ver como se formaba un arcoíris. Mirando hacia arriba, se podía apreciar el contorno de la montaña, que parecía tener el rostro de un anciano mirando el horizonte.

Desembarcaron, y comenzaron a subir la falda de la montaña, llegando a lo que parecía ser la entrada de la cueva que buscaban. Se podía escuchar al lado el sonido del agua golpeando la piedra en su libre caída.

Efectivamente, había una entrada, no sabían si era la correcta. Estaba cubierta por grandes rocas. Se comenzaron a preguntar ¿cómo podrían moverlas? Su hermano le señaló una esquina de la entrada y sonrió. Había una pequeña rendija que parecía comunicar el exterior con el interior de la cueva, esta podía haberse creado producto de los terremotos que había, de cuando en cuando en esa zona.

Comenzaron a cavar en ese lado, el hermano lo hacía por la gloria de encontrar un tesoro, y Chiqchima por saciar su curiosidad. La suerte estaba de parte de los jóvenes, ya que pudieron hacer un pequeño túnel con espacio suficiente, para que una persona pasara al otro lado arrastrándose.

Chiqchima es el primero en avanzar, se arrastra con dificultad dentro del orificio que habían hecho en la entrada, causando más desprendimiento de piedras. Se hace poco a poco espacio, tragando polvo en cada movimiento, pero eso no le importaba. Tenía en sus manos, agarrada una especie de vara que lo ayudaba a seguir cavando.

Finalmente, el esfuerzo da resultados, se había hecho paso y pudo llegar al otro lado. Comienza a frotar dos piedras de cuarzo para prender una antorcha e iluminar la cueva. Quedó impactado, y sin habla. En una esquina, estaba la figura de una persona. Se acercó temeroso, y quedó con la boca abierta.

En la cueva se encontraba un cuerpo que estaba cubierto de finas y coloridas mantas, tenía colgado un objeto extraño en su cuello, que, por alguna razón inexplicable, comenzó a brillar.

El corazón le estallaba de tanta emoción. Se podía apreciar el rostro intacto de Kumir, que lo miraba a través de sus grandes ojos, que estaban abiertos, parecía que estuviera vivo, era algo escalofriante, y a la vez alucinante.

Su cuerpo, aparentemente, estaba perfectamente conservado, la piel de su rostro le llamaba mucho la atención, estaba inmaculada, como si el tiempo no hubiera pasado por él.

Se sentía un agradable olor a flores, pero no había ninguna planta. Chiqchima captó una especie de resplandor y comenzó a sentir una sensación de paz indescriptible, era como si todo ahí, estuviera en armonía.

El hermano, se había hecho paso por el improvisado túnel. Al llegar al otro extremo, comienza a sacudirse el polvo de la ropa, levanta la mirada y queda estupefacto, pero contraria a la reacción de Chiqchima, pega un semejante grito al ver a Kumir, que retumba en las paredes de la cueva, causando un aterrador eco. ¡Está vivo, ¿quién es?!, grita, y así como entró, salió de la cueva, rápidamente despavorido.

No esperó a su hermano que saliera, y se abalanzó por la ladera del cerro, rodando hasta llegar a la orilla de la playa. Tomó la embarcación, y no paró de remar hasta llegar a la otra orilla. Con el rostro desencajado, corrió sin parar hasta el pueblo. Buscó a su padre, y le contó que había visto al mismísimo Supay, el señor de las sombras. El padre le pidió que se calmara, y que le contara exactamente lo que había pasado. Poco a poco recobró el aliento, y le contó toda su aventura.

Tikka estaba confundido y furioso, pero el apucha de Chiqchima, que se encontraba presente, si sabía del lío en que se había metido el joven aventurero. Se sintió culpable de haberle contado la historia de Kumir, lo había incentivado a que saliera a buscar indicios de su existencia. El apucha no tuvo más remedio que contarle todo a Tikka.

En la cueva, Chiqchima había salido detrás de su hermano, pero no lo pudo alcanzar, por más que le gritó para que se detenga, no lo oía, estaba en una desenfrenada y loca huida.

Su hermano se llevó la precaria embarcación, y el joven explorador, no tenía como llegar al otro lado del lago. Pensó, ahora si, en que menudo lío me he metido. No podía imaginar el alboroto que se estaba armando en Chinchero. Valiente socio buscó para esta aventura.

Estaba anocheciendo, decidió regresar a la cueva, y así protegerse del frío y de los animales salvajes. Esta vez entró fácilmente, y se quedó parado frente a Kumir, admirando su descubrimiento. No tenia miedo, era todo lo contrario.

En el ambiente se sentía una tremenda carga espiritual, Chiqchima sentía como si estuviera en contacto con el difunto. Había un objeto que colgaba en Kumir, que le llamó la atención. Sintió una conexión y atracción hacia el cristal que tenía brillando en el pecho Kumir, una extraña fuerza lo estaba invitando a tomarlo.

No lo pensó dos veces, lo tomó con sus manos. Inmediatamente, sintió una luz tibia y una explosión de energía, que le quitó la respiración, y lo dejó inconsciente, tendido en el suelo, como si le hubiera caído un rayo. El objeto brillaba y el joven, comenzó a tener una extraña visión:

*"Estaba en unas tierras desconocidas, era la región del Chinchaysuyo, al norte del imperio, unas sombras comenzaban a tomar forma en el horizonte, nunca había visto algo tan extraño y aterrador. Estaban atravesando los campos de uwina sara (maíz), finalmente apareció una figura indescriptible. Parecía un hombre, pero su rostro era tan pálido como la luz de la luna. Llevaba una especie de piel brillante, que reflejaba el sol.*

*Otro, no era como nosotros; se movía rápidamente como una criatura gigantesca, que nunca antes había visto. Era más alto que cualquier llama, más fuerte que cualquier puma. Parecía un ser formado por partes de diferentes animales, tenía cuatro patas, una cola larga y se movía con un trote poderoso, levantando polvo con cada paso. Había un aura de poder y peligro a su alrededor.*

*Pero lo más desconcertante de todo, era que el rostro del hombre, estaba cubierto por un espeso y oscuro pelo corto, que cubría su mentón y mejillas. Sus ojos brillaban con una determinación y ferocidad que nunca había visto.*

*En una mano sostenía un objeto largo y reluciente, hecho de un metal extraño, que cortaba el aire con un sonido agudo. Era un arma afilada y letal.*

*¿Quién era?, ¿un Dios?, ¿había bajado de los cielos para caminar entre nosotros, en una forma que no se podía entender?*

*Un grito desgarrador, hace voltear la cara de Chiqchima hacia el otro lado, una madre sostiene el cuerpo de su esposo y su hija, están enfermos, tienen manchas pequeñas,*

*que se están convirtiendo en ampollas llenas de un líquido extraño. Se extienden rápidamente, cubriendo sus rostros, sus brazos, sus piernas, todo su cuerpo. Se ven que están débiles y con fiebre.*

*Escucho más gritos y con horror se ve, cómo muchas más personas, sufrían y estaban marcados con cicatrices profundas, con rostros desfigurados por las heridas.*

*Los ancianos no recordaban una enfermedad así, usaban hierbas, cantos y rituales, pero nada parecía funcionar para su cura. La desesperación crecía. No había solución, miles morían, no había como enfrentar esté mal.*

*Chiqchima lloraba desconsolado, aldeas enteras arrasadas por el desconocido mal, casas vacías y campos sin cultivar. Un espíritu maligno había sido liberado, era invisible y mortal, atacaba sin piedad. Indefensos ante esta fuerza misteriosa y destructiva, la gente sucumbía.*

*Kumir le decía, que este era el inicio de un encuentro con gente más poderosa, que venía de lejos, y que los Incas no podrían detener, un encuentro que marcaría la caída de su imperio."*

Despertó sudando, y aun con lágrimas en los ojos, recordaba cada detalle de lo que Kumir le había hecho ver, quedo taciturno por un buen tiempo, tenía el cristal en la mano. Era demasiado para asimilar.

Por la mañana se escuchaban gritos fuera de la cueva, eran los pobladores que querían tomar y castigar al culpable de haber profanado una tumba sagrada, que estuvo cerrada y escondida por mucho tiempo.

Esta vez sí se había pasado de la raya. Su curiosidad y ganas de explorar lo habían llevado a este punto. Pero, ¿acaso él estaba destinado a encontrar al extraño visitante?

Chiqchima fue obligado a salir de la cueva, y fue tomado por varios pobladores furiosos que querían castigarlo. Sin que nadie se diera cuenta, y como si éste se lo ordenara, escondió el cristal entre sus ropas.

Unos pobladores, se dirigieron a la entrada de la cueva, comenzaron a apuntalar en las esquinas de la entrada. Estas terminaron provocando un derrumbe, y enormes piedras cayeron, sellando la entrada donde estaba el cuerpo de Kumir. Sería casi imposible ingresar nuevamente.

Los pobladores nunca quisieron entrar y menos mirar dentro de la cueva, pensaban que era mala suerte y que esto solo les traería desgracias.

Cuando todos regresaron a Chinchero, las cabezas de las grandes familias estaban en la plaza central, se veía el malestar general por lo que había hecho el hijo del Curaca.

Esta vez estaba acorralado, y tendría que ser castigado ejemplarmente para que nadie, nunca más, se le ocurriera hacer otra semejante profanación. Nina, su madre, suplicaba a Tikka que no fuera tan severo con su joven e irresponsable hijo.

Lo que sí quedaba claro, era, que lo que encontró en esa cueva, era real. Algo que solo los ancianos del pueblo sabían de su existencia, y que, por alguna razón, la habían mantenido en secreto, no querían que se perturbara el lugar de descanso de tan noble ser.

Tikka, enfrentó a la multitud, y se comprometió a que su hijo, seria enviado a servir en el ejército del Inca, no como un hijo de noble, sino como un llacta runa, sin ningún tipo de privilegio. Nina lloraba, ante la impotencia de no poder hacer nada ante la decisión de su esposo. Los nobles y la turba, a regañadientes, aceptaron la decisión del poderoso Curaca.

Chiqchima, solo bajó la cabeza como acto de aceptación, al final lo único que había ganado con todo este revuelto, era el misterioso objeto, que le perteneció a ese extraño ser. Había algo en esa piedra que le fascinaba, era como si esta, quisiera comunicarse con él, y lo llenara de energía.

Era algo extraordinario, sobre todo, le daba una sensación de paz, era como si se sintonizara con su entorno.

Ya en la vivienda del Curaca, Chiqchima tuvo que escuchar las reprimendas y gritos de su padre, en frente de toda la familia. Le increpaban a responder de qué como se le había ocurrido llevar a un hermano menor, a esa loca aventura. Quería dar una explicación, pero Tikka no lo dejó, no quería escuchar absolutamente nada.

Después de esto, fue enviado a su wasi *(habitación)* castigado, para qué se prepare a su viaje al Cusco. Tenía prohibido salir de la casa, y de hablar con cualquier persona.

Su abuelo, carcomido por la curiosidad, vio la forma de escabullirse y ver al joven castigado, tenía que hablar con su haway y escuchar de sus propias palabras, lo que encontró en la cueva.

Chiqchima, al verlo lo abrazó, le relató todo lo sucedido, sin obviar ningún detalle. El viejo amauta quedo fascinado con la historia. Se lamentaba no haber estado ahí para verlo con sus propios ojos.

Le dijo a su haway, que su destino siempre estuvo marcado para encontrar al extraño ser, y que esa conexión que había encontrado con Kumir, lo guiaría por un camino que estaba destinado solo para él, y que todas esas visiones que tuvo se le irían revelando con el tiempo. El Amauta le hizo prometer, que no le contaría a nadie lo que le acababa de revelar. Pero había algo, que obvió contarle a su apucha, que tenía en su poder el misterioso cristal de Kumir.

Por alguna razón, no quería compartir este secreto, había algo dentro de su corazón que le decía que tenía que ser así.

El amauta se retiró, y sin vacilar y pensarlo dos veces, el joven lo escondió, para que nadie lo encontrara, no quería que se lo quitaran.

Trató de dormir, pero fue casi imposible, recordaba las visiones que vio, eso lo inquietaba, pero de alguna forma, todo se calmaba en su mente, sentía ese olor a flores de la cueva de Kumir. Había muchas preguntas sin responder que rondaban en su cabeza.

¿Por qué él? Lo único cierto era que Chiqchima y el misterioso cristal, estarían unidos de por vida.

Mientras esto pasaba, al otro lado del mundo, europeos y asiáticos, ajenos a la existencia de Chinchero, experimentaban una diversidad de situaciones políticas, y comerciales, marcadas por la interacción entre diferentes culturas.

El Imperio Incaico se desarrollaba de una forma distinta a la occidental, con sus defectos, pero mucho más justa. Era una sociedad organizada donde la unidad principal eran los ayllus, que eran comunidades unidas por lazos de parentesco y linaje común, que compartían tierras y trabajo dentro del Tahuantinsuyo, como se le llamaba a la nación gobernada por el Inca.

La tierra, se dividía y distribuía entre las familias de un ayllu, en un intento de mantener la equidad. Sin embargo, algunas veces estas designaciones podían fluctuar según las necesidades de la sociedad, y los intereses de los jefes y monarcas, causando descontento y malestar en la población.

Aunque distante de la esclavitud europea, los pueblos que caían bajo la sombra de los Incas, se veían obligados a rendir tributo en bienes, alimentos o incluso con la fuerza de trabajo.

Este tributo, pagado por todos los habitantes, no solo sostenía el aparato estatal, sino que también nutría la economía imperial. Sin embargo, las sombras del hambre a menudo se cernían sobre su territorio, desatadas por las fuerzas incontrolables de la naturaleza. Sequías y eventos climáticos extremos azotaban de cuando en cuando el territorio.

Pero a pesar de todas estas aristas, los Incas, constantemente, buscaban el equilibrio, y aplicaron lo mejor de lo recopilado de las culturas conquistadas en la región, incluyendo lo heredado de otras culturas ancestrales, en especial de una muy antigua llamada Caral.

Estaba amaneciendo en Chinchero, Tikka decidió acompañar hasta Cusco a Chiqchima, sabía que, hacía lo mejor para él, tenía fe en su hijo, y que, llegado su tiempo, lo ayudaría a gobernar Chinchero.

Durante el viaje, padre e hijo se conectaron y hablaron como antes. Tikka le puso el brazo sobre el hombro a su hijo, y le habló sobre cómo lo encontró y cómo él, le había cambiado su vida.

Tikka comenzó a contarle muchas cosas que le pasaron cuando estuvo sirviendo en Cusco al Inca. Es ahí donde Chiqchima aprovecha para contarle todo lo que le sucedió en la cueva, era un viaje largo.

El Curaca, al terminar de escuchar el relato, quedó en silencio. Lo miró a los ojos y lo abrazó, le dijo:

—*"Eres especial, siempre lo supe. Ahora, tienes un propósito que va más allá de lo que cualquiera de nosotros puede entender"*

Chiqchima tomaría en serio las palabras de su padre, pero el castigo ya no tenía marcha atrás. La decisión ya había sido tomada, estaban camino a Cusco, y tendría

que cumplir con su destino inmediato, que era servir en el ejército del Inca como Llacta Runa.

Los primeros días fueron duros, y el entrenamiento fue extenuante, el joven hijo del Curaca de Chinchero fue tratado como cualquier otro recluta, sin favoritismos. Aprendió a pelear, usar armas, y sobre todo a seguir órdenes. Su agilidad física y sus otras habilidades lo destacaron.

Muchas lunas fueron pasando y el joven Chiqchima, se fue convirtiendo en un formidable guerrero, su destreza era apreciada y reconocida por sus compañeros y jefes, incluso por el Inca, que necesitaba gente como él, para mantener el orden y la organización social en el Tahuantinsuyo.

Chiqchima seguía teniendo visiones extrañas y no las compartía con nadie, no se despegaba de su reliquia, era como si estuviera conectado con esta.

Una mañana, el Apuskipay, comandante general de los ejércitos, se acercó a él. Le estaba encomendando una nueva misión, tenía que viajar con urgencia a la ciudad de Kuelap, un lugar ubicado en el Chinchaysuyo.

La gente de esa zona se hacían llamar Chachapoyas. Se cuenta que tuvieron una época extraordinaria y que ahora estaban en decadencia, se habían convertido en un punto de abastecimiento de alimentos para el Imperio.

Era gobernada por un Curaca que fue enviado desde Cusco, y junto a algunos aristócratas chachapoyanos, mantenían el orden y la economía de la zona.

Sus órdenes eran viajar a esa ciudad, y escoltar a la joven hija del Curaca de Kuelap, y traerla para al Cusco. Se convertiría en una Aclla, título destinado a las mujeres jóvenes y más bellas del imperio, que vivían en el Acllawasi, una especie de monasterio que acogía a las privilegiadas, seleccionadas para el servicio del Inca.

Chiqchima se preparó para hacer el viaje. Con un grupo de 10 guerreros inició su larga marcha, durante el camino recordó que su apucha le contó una historia sobre Kuelap y los chachapoyanos cuando era un niño. El joven la compartió con sus guerreros:

*“Existe una mujer, llamada Tikra, madre de la oscuridad, tiene poderes sobrenaturales, nadie sabe su edad, pero muchos Incas, anteriores al presente, han*

*sabido de su existencia, Trataron de eliminarla por miedo a su poder, pero no tuvieron éxito.*

*Se dice que ella puede controlar el viento y la lluvia, y lo más asombroso, es que puede desaparecer ante los ojos de la gente, sin dejar rastro e indicios.*

*Cuentan que esta mujer apareció un día de la nada en Kuelap, acompañada por un Amaru, un ser místico andino, parecido a una serpiente, con alas, cabeza de llama, cola de pez y enormes cuernos, ofreciendo sus servicios al gobernador local.*

*El Curaca y los jefes quedaron impresionados por el despliegue de tan místico poder demostrado por la mujer, pensaron que sería de buena idea dejar que los ayudara y tenerla como aliada, para protegerse de sus enemigos.*

*Es así como ella comenzó a vivir en Kuelap, hablaba una lengua que nadie entendía y tenía pintado unos símbolos extraños en unas delgadas maderas amarradas por unas tiras.*

*Dicen que muchos niños y niñas comenzaron a desaparecer, nadie quiso averiguar el porqué de estas desapariciones, por miedo a enfrentar el poder de la mujer. Algunos habitantes decían que ella era la razón de que Kuelap estuviera decayendo y muriendo".*

Los guerreros se preguntaban, a donde estaban siendo llevados, un temor a enfrentar fuerzas desconocidas se apoderó de ellos.

El sol comenzaba a salir y Chiqchima con sus hombres llegaban a Kuelap, estaban cansados y hambrientos, fue un viaje muy largo. Solo querían descansar y regresar al Cusco escoltando a la joven Aclla que fueron a buscar.

Entraron al pueblo, había un silencio espectral. Nadie salió a recibirlos, en el ambiente había un olor indescriptible. Siguieron avanzando y se encontraron con un escalofriante panorama.

Era un escenario macabro, había cuerpos destrozados que estaban regados por todos lados, cabezas y torsos desmembrados de hombres, mujeres y niños. Aquí hubo una masacre realizada por una mente torcida y desquiciada, nunca antes vista. Tanta crueldad ensañada contra esa gente, no había palabras para describir la horrorosa escena. Wiracocha se había olvidado de proteger esta gente.

La plazoleta circular, que estaba ubicada en el medio del pueblo, estaba teñida de sangre, y había un fuerte olor a carne quemada que venía del templo. ¿Qué había pasado? Nadie había quedado vivo.

A lo lejos, se escucha un tenue quejido, era una mujer moribunda, estaba tendida en una de las esquinas de la plaza, su rostro estaba ensangrentado.

Lloraba y balbuceaba. Chiqchima la toma en sus brazos y ella haciendo un esfuerzo relató:

*— El Amaru nos atacó al ver a la Mama Tikra herida, desató su furia contra todos los habitantes.*

*Soy hermana del Curaca, la joven que ustedes vinieron a buscar, fue tomada por Mama Tikra. Ella sabía que ustedes venían a llevársela a Cusco, pero la Mama Tikra no deseaba que se fuera.*

*Pero algo inesperado pasó, estábamos todos en la plaza y Mama Tikra se acercó a la joven y le habló en el oído, la joven Aclla puso cara de pánico, y cuando Mama Tikra la tomó de la mano pretendiendo llevársela, la joven, con la otra, sacó una cuchuna (cuchillo) de sus ropas y se la clavó en el pecho, Mama Tikra cayó al suelo.*

*La joven corrió despavorida por las calles, con dirección al bosque, perdiéndose a la distancia.*

*El amaru al ver esta escena, y notar como su protegida sangraba, se volvió loco, comenzó a atacar a todo ser que se le atravesaba, destrozó todo lo que había, comenzó a perseguir a todos los habitantes de Kuelap. Sus cuerpos eran cercenados y la sangre corría por el suelo.*

*Cuando terminó su horrorosa faena, tomo con sus garras el cuerpo de Mama Tikra elevándose con ella, perdiéndose por la cordillera.*

La pobre mujer, quiso decir algo más, pero hasta ahí le dieron sus fuerzas. Lo único que quedaba, era, ir a buscar a la joven, deseando que estuviera viva escondida en algún lugar.

Los guerreros comenzaron a buscar por todos lados, Chiqchima caminaba solo por un sendero, cuando de repente su cristal, que lo llevaba colgado en el pecho, comenzó a brillar.

Su intensidad cambiaba a medida que se adentraba en el bosque, siguió avanzando y tropieza con algo, eran unos pies, los de la joven Aclla. Ella estaba tendida y desmayada.

Al verla, no sabía cómo contener los desbocados latidos de su corazón, era una joven realmente hermosa, tenía un cabello negro y largo, y su rostro, era muy bello. El joven guerrero nunca había visto una mujer igual.

Poco a poco, la joven comenzó a abrir sus ojos, y se encontró en los brazos de Chiqchima, sus mejillas se ruborizaron. Fue amor a primera vista, un amor que no podía ser, porque ella, estaba destinada a servir al Inca.

La joven aún conmocionada, no sabía de todo el horror que había quedado en su pueblo, y menos que ella, era la única que había quedado con vida.

— *¿Cómo te llamas?* – preguntó el joven.

— *Kusi Qoyllur (estrella feliz)* – respondió la Aclla.

El guerrero le dijo quién era, y le contó lo que había pasado, Kusi Qoyllur no dejó de llorar, pensaba en sus padres y todos los seres queridos y conocidos que habían perecido.

Había dos alternativas, la primera, ir a cazar al amaru, y la segunda, dejar todo como estaba, y regresar al Cusco inmediatamente, notificando lo que había pasado en Kuelap, y entregar a salvo a la joven.

La segunda opción fue la más lógica, reunieron provisiones, y comenzaron inmediatamente el retorno a la capital, querían alejarse de ese lugar desolador.

Chiqchima y Kusi Qoyllur se fueron conociendo, y lo curioso de todo esto, es que el cristal no dejaba de brillar, esto que estaba pasando, era realmente increíble.

Kusi Qoyllur quedo admirada por el poder que tenía la joya, quería saber cómo la había conseguido, o quien se la había dado. Estaba por romper la regla que prometió no quebrar, con una joven que recién conocía. Su corazón sentía algo fuerte por ella, como si la conociera de toda la vida. Sabía que podía confiar en ella, y que podía contarle la historia sobre Kumir.

Ambos jóvenes enamorados, no dejaron de hablar durante todo el viaje, estaban atrapados en una atracción que crecía a cada instante. Ellos solo querían que el tiempo se detuviera, para no llegar al Cusco,

Kusi Qoyllur, le contó al joven, que ella fue un regalo de sus padres al Inca, para mantener su poder en la ciudad de Kuelap. Cuando se enteró de esto, reclamó a sus progenitores, pero nada podía hacer, no tenía ningún poder para contradecir lo pactado por ellos. La joven se iba a convertir en una Aclla.

Desde niña creció bajo unas reglas estrictas a diferencia de sus hermanas, la frialdad de sus padres, y el poco cariño que recibía de su madre, la hicieron aceptar su destino y vivir fantaseando de una vida diferente en sus sueños.

La joven Aclla contó, que su madre se había enterado, que Mama Tikra la había escogido para hacer cierto tipo de ritual. Su progenitora, temiendo que algo le pasara, le dio un arma para que se defendiera, en caso de ser necesario. Temía que desapareciera, como es lo que sucedió con otras mujeres de la aldea, y que la familia después, no pudiera cumplir su pacto con el Inca.

No era por amor hacia la hija, si no por conveniencia y el interés de mantener el poder en Kuelap.

Mama Tikra cuando se enteró que Kusi Qoyllur partiría pronto para el Cusco, tomó la iniciativa y trató de llevarse a la joven por la fuerza, delante de todo el pueblo, pero nunca se imaginó que esta se defendería, echando al suelo su plan.

Era un viaje largo, que solo sirvió para que Chiqchima y Kusi Qoyllur se fueran conociendo y enamorando más y más. Esto no iba a terminar bien, se decían.

Tenían que aceptar la vida real, o fugarse y desaparecer de la faz de la tierra.

Chiqchima, no quería romper el corazón de sus padres, tenía que buscar otra solución. Hablaría con su padre para que intercediera con el Inca, y solicitar que liberara a la joven del compromiso de ser una Aclla.

Al llegar a la capital del imperio, el bravo guerrero solo pensaba en Kusi Qoyllur, era muy fuerte lo que sentía por ella.

Acompaño a la joven hasta el templo, no sin antes prometer que él regresaría por ella, de alguna forma u otra. La joven solo pudo suspirar, y dejar que la mente del joven guerrero interpretara el mensaje de amor que le enviaba con sus ojos.

Luego de dejar a la joven, procedió a reportar lo que había sucedido en Kuelap. Sorprendido por el relato, el Apuskipay fue hablar inmediatamente con el Inca, quien al ser informado de todo lo que pasó, mandó llamar a Chiqchima, quería escuchar de la boca del joven guerrero lo que había pasado.

Luego de escucharlo, el Inca le ordenó a el Apuskipay, que enviara a Kuelap un contingente, al mando de su mejor guerrero. Este indudablemente era Chiqchima, tenía habilidades y conocimientos para que maneje la situación en Kuelap.

Las órdenes eran marchar con una guarnición, donde un grupo de hombres se quedaría en Kuelap, otro partiría en busca del Amaru, asegurándose que la Mama Tikra este realmente muerta, y el tercero, bajaría a la costa a investigar una historia sobre unos extraños visitantes en el imperio. Este último, estaría al mando de Chiqchima.

El joven guerrero le pidió al Inca, que antes de partir, quería pasar a visitar a sus padres en Chinchero, lo cual no fue objetado por el monarca.

De vuelta en Chinchero, fue recibido con alegría y orgullo por sus padres. Tikka y Nina lo abrazaron efusivamente, estaban orgullosos de él.

Chiqchima, pidió hablar con su padre en privado, le conto todo lo que pasó en Kuelap, y lo más importante, que había conocido a la hermosa Kusi Qoyllur.

Tikka entendió que sería un problema conseguir que la joven Aclla dejara el templo, y que el único que podía decretar su salida, era el Inca. Le prometió a su hijo que hablaría con el monarca, y que, al regreso de su viaje, estaba seguro que le tendría buenas noticias.

También le dice a su padre, que el cristal había comenzado a brillar sin cesar, y sus sueños con esos hombres extraños, eran cada vez más seguidos. Le pide consejo, pero este, solo le puede decir que se cuide, que recuerde que su destino estaba ya marcado, desde aquel encuentro con Kumir.

De regreso al Cusco, el joven logró escabullirse y meterse dentro del templo de las Acllas, quería ver a Kusi Qoyllur, y reafirmar que regresaría por ella.

Era peligroso que los vieran juntos ahí. Pero el amor pudo más que el miedo, lo primero que el joven guerrero hizo fue abrazarla y decirle que la amaba. No se fue, sin antes, darle un profundo beso, y sellar de esta forma su compromiso de amor.

El sol se alzaba sobre las montañas que rodeaban Cusco, la capital del imperio incaico. Las calles de la ciudad estaban llenas de actividad y de vida. El joven, se encontraba listo para partir a Kuelap.

El viaje se hizo largo y tedioso, no podía sacar de su mente a la hermosa joven que ahora, gobernaba su corazón.

Entre sus hombres, ya se hablaba de unos extraños, con piel pálida, cubiertos de metal, esa historia se extendía como el fuego por los valles y montañas del imperio.

Al llegar a Kuelap, luego de dejar instruido a los otros grupos lo que tenían que hacer, organizó su expedición, la que iría en busca de estos extraños seres. Escogió a los mejores hombres, y con sus atuendos de guerra partieron, en busca de la verdad que se cernía sobre estos visitantes.

Después de atravesar la cordillera y varios días de viaje, llegó hasta una colina desde donde podía divisarse el océano. Su cristal brillaba de una forma descontrolada, le vino de pronto una sensación de que algo malo se venía venir.

A la distancia, vio lo que había oído en varios relatos, unas embarcaciones gigantes, estaban en la bahía, y de estos salían unas bestias desconocidas para él.

Con el corazón latiendo con fuerza, se acercó cautelosamente a la playa, donde los extraños habían establecido un campamento. Los hombres parecían seres de metal, otros eran como una llama gigante y del pecho le salían unas manos grandes y aterradoras. Algo que jamás había visto, y portaban armas desconocidas que brillaban al sol.

Uno de los intrusos, un hombre alto con barba oscura, notó la presencia de Chiqchima y su gente. Vio el reflejo del brillo del oro en uno de los adornos de la indumentaria del guerrero, hizo una señal a sus compañeros y partieron detrás del contingente inca.

Al darse cuenta de que habían sido descubiertos, retrocedieron y trataron de correr, pero fueron impedidos al ser atravesados en su huida, por un ser de cuatro patas, que golpeo a uno de ellos y lo derribó a un costado. Era Chiqchima.

—*¡Alto!* —gritó un hombre barbudo, en un idioma incomprensible. Rodea al joven guerrero. Sus ojos están fijos en las decoraciones doradas que llevaba.

Levanta su chictana *(hacha de guerra)*, en un gesto defensivo, sus guerreros habían podido huir, era solo él, y los extranjeros que no estaban dispuestos a dejarlo ir. Uno de ellos, con un movimiento rápido, intentó detenerlo.

Chiqchima reaccionó, y golpeó al hombre con el extremo de su arma, derribándolo. Corrió hacia los matorrales, pero pronto se vio superado, y finalmente sucumbió.

Estaba conmocionado, sabía que no podía escapar ante la mayoría de los extraños hombres, que eran mucho más rápidos que él.

El guerrero fue capturado y arrojado al suelo. Los invasores lo rodearon, hablando entre ellos mientras lo despojaban de sus ornamentas de oro, y su preciado cristal. Luchó con todas sus fuerzas, pero los hombres de hierro eran más, y eran implacables aplicando golpes.

Chiqchima, ve como uno de ellos se parte en dos, le embarga el miedo, pero sorprendido, se da cuenta, que es tan solo un hombre montado en un extraño animal que nunca había visto, es una persona como él.

—*¡Dime! ¿De dónde viene este oro que lleváis puesto?* —demandó saber el líder barbudo, señalando las piezas doradas hechas de qori *(oro).* Sin entender una palabra de lo que decía, solo pudo comprender algo que ya había visto entre los suyos, la avaricia, que brillaba en sus ojos.

Durante varios días, trataron de conseguir que Chiqchima revelara el lugar de donde hicieron los pendientes que poseía. El joven guerrero logró entender sus intenciones, pero inteligentemente se mantuvo en silencio, resistiendo el dolor del castigo infringido por los extranjeros, y controlando el temor que sentía. Se aferraba a la idea de reencontrarse con su amada, tenía que salir de ahí.

Estos forasteros, gritaban y cantaban mientras bebían Aqha, licor hecho de la fermentación del maíz, que tomaron de las aldeas indígenas de la región.

Habían capturado a otros pobladores, todos fueron llevados a una aldea, Chiqchima identificó el lugar y dedujo que eran del pueblo Manta, gente tranquila que vivía en la costa. Otros barbudos nos esperaban ahí.

Fueron recibidos tranquilamente, muchos de los Mantas habían aprendido a comunicarse en el idioma de los extranjeros, era triste ver como las mujeres de la aldea, eran sometidas a vejámenes, sus hombres no podían hacer nada para evitarlo. eran pescadores y no sabían dónde estaba el metal que buscaban los extranjeros.

Chiqchima entendió, por lo que le contaron otros prisioneros, que este, era un grupo de forasteros que llegó a explorar esas tierras. En un principio fueron muy amables, pero esa relación fue cambiando poco a poco. Los Manta trataron de luchar y defenderse, pero fue inútil. Los extranjeros tenían armas contra las que no podían competir.

Una noche, el pueblo estaba celebrando la fiesta de Illampallec, diosa de la salud, la fertilidad y la lluvia. Esta fue sacada del pequeño templo para ser exhibida ante el pueblo, pero los barbudos, al ver que era una gran figura hecha de qori, se abalanzaron sobre ella como locos, golpeando brutalmente a los aldeanos que trataban de defender a su deidad.

Los manteños trataron de luchar, pero no pudieron contra las armas que emitían un ensordecedor ruido, y escupían pequeñas bolas de metal que atravesaban sus cuerpos. Morían por las heridas causadas por las grandes kuchunas *(cuchillos)* afilados, que tenían los pálidos, que eran manejadas diestramente por estos. Los extranjeros eran pocos, pero sus armas eran letales y muy efectivas.

Los hombres blancos estaban eufóricos ante tal descubrimiento, era mucho qori. Bebieron y festejaron durante toda la noche.

Aprovechando la distracción de sus captores, Chiqchima logró liberarse de sus ataduras. Con el sigilo de un puma, se escabulló buscando donde guardaban los objetos y qori tomado de los aldeanos, él solo quería recuperar su cristal.

Un Manta al verlo libre, lo ayudó. Lo llevó al lugar donde los extranjeros guardaban sus tesoros robados.

Lo encontró, apenas lo tomó con sus manos, comenzó a brillar, el joven percibió una sensación extraña, tenía que salir rápidamente de ahí.

Le agradeció a la persona que lo ayudó, y se dirigió con dirección hacia las montañas. Nadie lo perseguía, pero Chiqchima, corrió durante toda la noche. Sabía que sus

captores tenían poderosos animales, y que podrían alcanzarlo en cualquier momento. Pero eso, no sucedió.

El camino de regreso al Cusco fue arduo, estaba mal herido y muy cansado, pero su determinación y valentía lo mantenían de pie, el fuerte deseo de ver a su amada Kusi Qoyllur, lo mantenía con vida.

Pudo llegar a la ciudad de Túcume, centro administrativo y ceremonial de la cultura Sicán, tierra del reino de los Chimú, conquistado por los Incas. Aquí lo ayudaron a curar sus heridas, y prepararlo para su viaje de retorno al Cusco.

Chiqchima no podía dormir, el cristal no dejaba de brillar, y en las visiones del joven guerrero, solo se podía ver destrucción y muerte.

El Curaca de Túcume, luego de escuchar lo sucedido, le contó que escuchó rumores, que más allá de los límites del imperio, había pueblos que habían desaparecido, productos de una enfermedad desconocida, que los chamanes eran incapaces de curar, y que esa peste había sido traída por los hombres blancos barbudos.

Al llegar a Cusco, Chiqchima fue recibido por el Inca. El joven con voz firme y clara, relató su encuentro con los hombres de hierro, describiendo su apariencia, sus armas y su insaciable codicia por el qori.

—*Son peligrosos, mi señor* —dijo Chiqchima, mirando al Inca a los ojos—. *Traen la muerte y la destrucción con ellos. Debemos estar preparados.*

El Inca, con expresión grave, asintió. La noticia del encuentro con los extranjeros marcaría el comienzo de una era de cambios y desafíos para el imperio incaico.

Agradeció a Chiqchima por servir a su Inca, y concedió el pedido hecho por el padre del guerrero, el Curaca Tikka, quien había solicitado que la joven Kusi Qoyllur dejara el Acllawasi, y que se autorizara el matrimonio de los dos jóvenes.

Estaba muy feliz, no esperaba tanta benevolencia del soberano, se sentía agradecido a su padre. El inca le ordenó regresar a Chinchero con la joven para que organizaran las festividades de su matrimonio, y se tomara un descanso.

Luego que Chiqchima se retirara del palacio, el soberano reunió a algunos de sus consejeros y a su Apuskipay, este último, aconsejó al monarca que se podría utilizar

esta situación, para acabar con las peleas familiares por la que pasaba el inca con su hermano, y conseguir de una vez por todas el dominio total del Imperio.

Los consejeros no estaban de acuerdo con el militar, no podían tener una acción pasiva ante una incursión de unos hombres extraños, por el contrario, su consejo era atacar al invasor.

El Inca, finalmente ordenó que vigilaran a los extraños, y que los dejasen avanzar dentro del imperio, era cuestión de tiempo para que llegaran al Cusco.

Chiqchima, ignorante de la decisión de su Inca sobre los hombres blancos, llego a Chinchero con su amada Kusi Qoyllur, la gente lo recibió con cariño y mucha alegría. Era un pueblo muy distinto al que una vez lo quiso linchar, cuando profanó la cueva donde reposaban los restos de Kumir. Ahora el destino lo convertía en su nuevo Curaca en Chinchero.

Nina y Tikka estaban felices, Tikka había tomado esa decisión y el Inca había dado su aprobación. Sabía que estaba dejando en buenas manos la conducción de Chinchero.

Las festividades duraron varios días, gente de todos lados vinieron a saludar a los nuevos esposos, quienes estaban gozando al máximo esta oportunidad que les había dado la vida.

La prosperidad se podía apreciar en toda la campiña de Chinchero, la gente del lugar vivía en paz, pero Chiqchima, guardaba un dolor que llevaba en su corazón, que solo lo compartió con su abuelo, el viejo Amauta.

Eran sus visiones sobre el futuro que no paraban, que cada día que pasaba, eran más claras y repetitivas. Incluso, soñaba con Kumir, quien le decía, que partiera a protegerse a la selva, tenía que ir al lugar donde lo encontraron de niño.

No sabía que hacer, el cristal había dejado de brillar, y era como si una flor se estuviera marchitando.

Las lunas pasaron, y un día los chasquis trajeron la noticia a Chiqchima, el Inca había sido apresado por los hombres barbudos en Kashamarka.

Sin embargo, antes de que apresaran al Inca, este, temiendo que uno de sus hermanos, que siempre reclamaba su derecho al trono, se aliara con los extranjeros

y fueran contra él, ordenó su ejecución y la de toda su familia en Andamarca, y que sus restos fueran arrojados al río Yanamayo.

El imperio quedaba sin cabeza que lo gobernara, un Inca apresado y su sucesor muerto. Eran además asechados por enfermedades nunca antes vistas, que mataban poblaciones enteras y diezmaban más y más al Tahuantinsuyo, tierra del poderoso ejército Inca. Estaban cayendo ante un puñado de hombres bien armados, que supieron aprovechar la división y la ambición de un imperio dividido.

Este era el fin que tanto vio Chiqchima en sus visiones, no sabía que decisión tomar, acababa de nacer su segundo hijo. Se preguntaba ¿cuál sería el futuro de su familia y de la gente en Chinchero?, él había visto a estos hombres, y sabia de lo que eran capaces:

Su ímpetu guerrero le decía que tenía que salir a enfrentar a esos hombres, pero su madre, Nina, le pedía que saliera de Chinchero con su esposa y sus hijos, y que tomara rumbo a la selva.

No paso mucho tiempo para que Chinchero cayera, así como otros muchos lugares de alrededor, pero no fue, sin antes luchar valientemente, contra la fuerza desigual del invasor, comandados por su Curaca, Chiqchima.

Fue una lucha desigual, pero los incas se defendieron con honor. El joven, sobrevivió al ataque, y mal herido buscó refugio en la selva, acompañado de su familia y un grupo de sobrevivientes, siguiendo el mensaje de Kumir en sus visiones.

Esquivando las rutas tomadas por los invasores, quienes salieron a darle casería, guía a los pocos sobrevivientes, llegando astutamente hasta el río marañón, muy cerca de donde fue encontrado de niño, lejos de los invasores extranjeros.

Chiqchima al ver el lugar, cerro sus ojos, y trató de imaginar el momento cuando Tikka lo encontró, él lo salvó, le debía todo lo que era, fue un hombre extraordinario que murió luchando con honor defendiendo su amado Chinchero.

—*¿Lo extrañas?* —le dijo su madre.

—Mucho, más de lo que puedes imaginar —una lágrima comenzó a correr por la mejilla del guerrero.

La noche había llegado, hacia frio, los hombres encendieron una fogata. Las mujeres se agruparon, y comenzaron a entonar una melodía. Era muy triste, llegaba a lo profundo del corazón.

La noche estaba llena de ch'askas *(estrellas).* Todos estaban cansados, y asustados, no sabían cual seria su destino, pero confiaban en su Curaca.

Rendido por el peso del día, el guerrero fue quedándose dormido. En sus sueños, veía nuevamente a Kumir, que le hablaba, pero no lograba entenderlo.

Comenzaba a amanecer, y unos gritos de alarma, fueron dados por los hombres que estaban vigilando, despertando a todos. Preocupados, vieron que en el río, a lo lejos, se podía divisar una extraña embarcación, que se acercaba lentamente hacia ellos. Repentinamente, el cristal que llevaba en el pecho, comenzó a brillar, más y más fuerte.

El corazón de Chiqchima, iba a reventar, Kumir estaba en esa embarcación, y tenía un cristal parecido al suyo colgado en el cuello, que estaba brillando.

Al llegar la nave a la orilla, los hombres que venían con Kumir, bajaron a ayudar a los fugitivos, traían comida y medicina para los heridos.

—*No soy Kumir* —dijo el extraño hombre, tenía grandes ojos y manos delgadas al igual que Kumir, y mirándolo, le tomó la mano al confundido Chiqchima.

—*Mi nombre es Tafiur, y hemos estado conectados contigo a través del cristal de Kumir, como ustedes lo llamaban. He sentido todo por lo que has pasado, y es por eso que he venido en tu ayuda. Él te escogió a ti, y así es como él lo hubiera querido. Té llevaremos a un lugar río abajo, donde existe una ciudad con gente que quiere vivir en paz y armonía, y que solo quiere ver crecer a sus hijos rodeados de felicidad. ¿Quieres venir con nosotros?*

La respuesta de Chiqchima no se hizo esperar, Tafiur lo abrazó, y le hizo sentir nuevamente esa paz y harmonía que tuvo en la cueva, cuando descubrió los restos de Kumir.

La gente que acompañaba a Tafiur eran personas como nosotros, ellos nos ayudaron a curar a los heridos, y más tarde a subir a la extraña embarcación. Cuando partimos, el sol ya se estaba poniendo, era una vista hermosa en la selva, llena de esperanza para todos ellos.

Por primera vez, Chiqchima sentía que este era el fin de una vida, y el comienzo de una nueva para él y su familia, así como también para los sobrevivientes de Chinchero que lo acompañaban.

La embarcación inició su travesía, y poco a poco comenzó a desvanecerse por el río, una extraña neblina lo rodeó, era como si se esfumasen y perdieran de la vista, estaban camino a esa nueva vida, en una ciudad llamada el Dorado.